

Marcharse de España, tan sólo por 96 años...

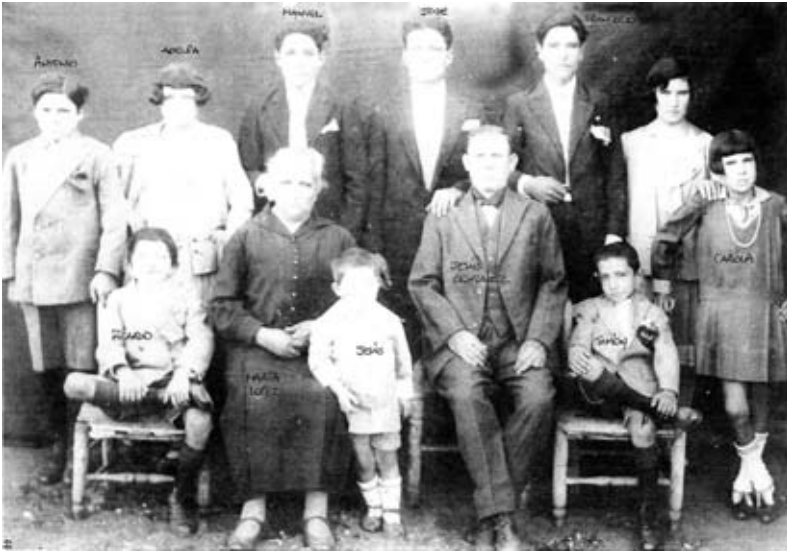
María Elina González Issouribehere

En 1908, vinieron de Alamedilla (perteneciente en ese entonces a la Región de Extremadura) mis bisabuelos paternos, Jesús González Pasareyra y María López Calvo, trayendo consigo a sus dos hijos: Isabel y José (mi abuelo).

En Alamedilla (hoy perteneciente a la Provincia de Salamanca, en la Comunidad Autónoma de Castilla y León), Jesús –que era analfabeto– trabajaba vendiendo hacienda (cabras y vacas) y María –una mujer muy instruida para su época– comercializaba calzado (alpargatas, más precisamente) de Portugal a España, favorecida por la escasa distancia que separa estos dos países vecinos.

El bisabuelo tenía 22 años, salió de “su” España no por aventurero, sino en busca de una vida tranquila, lejos de la guerra, del hambre y la tristeza que acarreaba esta situación, ya que él había estado durante cuatro largos años sirviendo al país. Deseaba que sus hijos no pasaran lo mismo que él y que no les faltara el pan...

Durante el largo viaje hacia América, la mayor de los dos hijos, Isabel, falleció en el barco (aunque no sabemos exactamente a causa de qué). Tenía 6 años. Fue una travesía triste por las circunstancias vividas, pero esperanzadora por las ilusiones de la nueva vida... Al llegar a la Argentina viajaron a Henderson (una ciudad situada al Oeste en la Provincia de Buenos Aires, Argentina) donde ya vivía un hermano de mi bisabuela, que había emigrado años antes, llamado Francisco López Calvo. Se radicaron en el campo “del Moro”, así se llamaba el paraje. Como era una zona con mucha agua y sin caminos construidos, la familia González López se trasladó a Urdampilleta (ubicada en el Centro Oeste de la Provincia de Buenos Aires) a 3 km del pueblo.



Familia González López.

Marcharse de España, tan sólo por 96 años...

El bisabuelo Jesús tenía 22 años, era una persona muy seria, retraída y de carácter muy fuerte, probablemente como consecuencia de lo vivido en la milicia y el desarraigo obligado, algo violento, con muchos tics nerviosos, según contaba mi abuelo José, no obstante era muy trabajador y solidario: a todos aquellos compatriotas, fueran familia o no, que llegaban de España, les cobijaba en su chacra,¹ proporcionándoles una parcela para trabajar y ayudándolos económicamente. La bisabuela María que tenía 24 años al llegar, sabía leer y escribir, pasaba largas horas leyendo cuanto revista o libro llegaba a sus manos. De buen temple y carácter tranquilo para sobrellevar el fuerte carácter de su esposo; era la mayor de 7 hermanos, y tuvo que criarlos a todos ya que su mamá murió cuando ella tenía tan solo 14 años.

Dejando atrás aquel viaje transatlántico, ya instalados en su “nuevo” país, alquilaron 360 has, donde vivieron toda la vida. Se dedicaron –igual que en Alamedilla– a la ganadería y la agricultura, que era muy primitiva y según decía mi abuelo se sembraba el cereal “al boleó” (con la mano), se abrían surcos con la azada y después, con arados tirados por bueyes, los obreros iban sembrando; con horquillas se hacían parvas de pasto y paja. Gracias al tem-

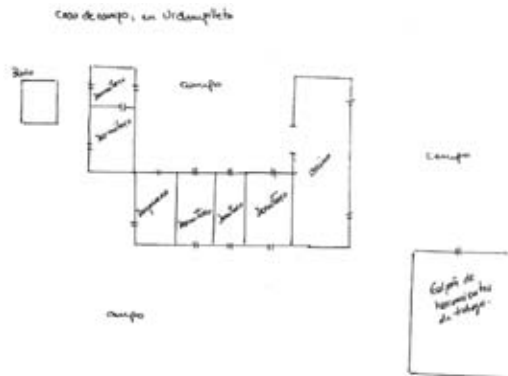
¹ Granja, explotación ganadera (N.E.).

peramento del bisabuelo los obreros lo respetaban mucho y se ordenaban (ya que peleaban a menudo).Tuvieron 9 hijos más, todos argentinos.

Cuando el abuelo José tenía 12 ó 14 años vino su abuelo de España, o sea mi tatarabuelo, llamado también José González, a traer a un hijo de 10 años, Manuel Antonio, que dejó al cuidado de Jesús y se regresó a Europa. Así entonces quedaron en Argentina, los dos hermanos González Pasareyra –Jesús y Manuel–, y el Calvo –María y Francisco–.

Mi abuelo creció lejos de su tierra natal, aprendió a leer y escribir, sabía mucho de matemáticas. Aunque nunca olvidó ese pequeño lugar rodeado de encinas y montañas, que, a pesar de estar situado lejos de las capitales, habla dos idiomas diferentes como el español y portugués. En los cuentos que me narraba durante la infancia (los mismos que su mamá le contaba a él mientras ella hacía las tareas de la casa para que se durmiera...) pintaba cada rincón de Alamedilla, ubicando cualquier hada o príncipe en alguna piedra entre España y Portugal. Siempre recordaba los pasteles españoles que cocinaba su mamá y los ponía en un fuentón enlazado en celeste (*sic*) o la despensa (almacén) que poseían en la próspera chacra y que estaba bien provista de alimentos, además de “adornada” al mejor estilo español con los chorizos y jamones colgados, (¿serían tan ricos como el de Guijuelo?). Más tarde compraron máquinas y caballos, viajaban en carro y en sulky², hasta que en 1924 mi bisabuelo compró un auto, un Chevrolet de cortinas, que por cierto nunca aprendió a manejar.

La casa que albergó a esta familia española era así:



² Pequeño y ligero carruaje americano, típicamente de carrera (N.E.).



Foto de casamiento. José González López, Marta Virtudes Cordero Herrero, 14 de junio de 1934.

He tratado brevemente de contar la historia de mis bisabuelos y abuelo, a través de los ojos de José y de mi papá Alberto, una reseña que matiza la tristeza y nostalgia sentidas por los protagonistas por abandonar su tierra, y la alegría de haber encontrado a tantos miles de kilómetros una luz de esperanza en la “nueva” tierra en la cual sembraron todas las tradiciones salmantinas que trajeron en la maleta y que aún hoy conservamos. El “por qué” del título de la historia tiene su origen en que luego de 96 años, fui a conocer ese pueblo, el de “mis raíces”. Llevé a mis bisabuelos y abuelo en una foto (y en mi corazón, claro) para que me guiaran por las calles adoquinadas, y así poder armar el rompecabezas con los recuerdos de ellos expresados través de tantos relatos y lo que iba viendo cuando llegué... los años pasaron, sí, pero fue fácil encontrar ciertos detalles del paisaje que aún siguen vigentes, y también afirmar la que la calidez de los habitantes era cierta.



Alamedilla, julio 2006.

La tristeza del recuerdo y la añoranza por regresar de mi abuelo, aunque fuera una vez, estoy segura se apaciguó por un momento, en el instante mismo que recorrimos los cuatro juntos Alamedilla, disfrutando del mismo sol que los vio trabajar a Jesús y María, o jugar a José, y respirando el mismo aire que les otorgó la valentía y el coraje necesarios para dejar todo alguna vez y buscar un destino mejor... Ellos lograron su objetivo en el país que me vio nacer, Argentina, aunque nunca olvidaron “su” España querida...



Encinar de Alamedilla, Salamanca, España.